

# COLEGIAL DE LOS ESCOLAPIOS

Arturo Ansóñ Navarro

Francisco de Goya, hijo del maestro dorador José de Goya, realizó su formación escolar con los escolapios de Zaragoza y hacia ellos guardó afecto toda su vida, como tendría oportunidad de demostrar siendo ya anciano, poco antes de su marcha a Francia. Las Escuelas Pías habían abierto sus puertas en nuestra ciudad en 1733, en la calle de la Castellana (actual Boggiero), esquina con Cedeceria (actual avenida César Augusto), en el populoso barrio de San Pablo, y allí continúan desde hace 263 años. Su llegada incrementó la instrucción de las clases populares zaragozanas, ya que la enseñanza era totalmente gratuita. A los pocos años los escolapios enseñaban ya a más de 600 alumnos.

Esa circunstancia y la cercanía del domicilio familiar de los Goya, en la calle de la Morería Cerrada, hoy Valenzuela, sin duda pesaron a la hora de que José de Hoya encomendase la educación de Francisco, y de sus otros hijos varones, Tomás y Camilo, a los escolapios. Allí conocería a algunos de sus mejores amigos de la niñez y de la edad adulta: Manuel de Yoldi, que sería escribano receptor de la Real Audiencia de Aragón; Alejandro Ortiz, afamadísimo cirujano y catedrático de medicina de la Universidad de Zaragoza y de Botánica de la Real Sociedad Económica Aragonesa; y, por supuesto, quien sería su gran amigo, Martín Zapater y Clavería, comerciante, hombre de negocios y destacado miembro de la Real Sociedad Económica Aragonesa y de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, en las que ocupó cargos de relevancia.

Los escolapios le enseñaron a contar, a leer, a escribir con una buena caligrafía, conocimientos aritméticos, Historia Sagrada y algo de latines y de retórica. Años después, en una carta fechada el 28 de noviembre de 1787 y dirigida a su amigo Zapater, Goya recordaba a un padre escolapio por el que ambos debían sentir especial aprecio desde la época escolar, el P. Joaquín de Jesús María, en el siglo Ibáñez, natural del pueblo turolense de Fuentes Claras. Le decía Goya: «quisiera saber [...] si en alguna parte te has vuelto blanco, y si el tiempo para ti ha pasado como para mí, me he vuelto viejo con muchas arrugas que no me conocerías sino por lo romo y por los ojos unidos (sic) [...] lo que es cierto que ya boy notando mucho los 41 y tal vez tú te conserbarás (sic) como en la escuela del P. Joaquín».

Goya y Zapater habían sido discípulos suyos, cuando ambos tenían 10 o 12 años, en la transición de la infancia a la pubertad. El padre Joaquín de Jesús María fue un erudito latinista que renovó los métodos de enseñanza de la lengua latina, introduciendo la traducción y comentarios de autores como Cicerón, Ovidio, Horacio, Virgilio o el humanista Luis Vives. Fue autor de una gramática latina, además de obras de retórica y poética publicadas en Madrid y Zaragoza. Además de rector del colegio zaragozano,

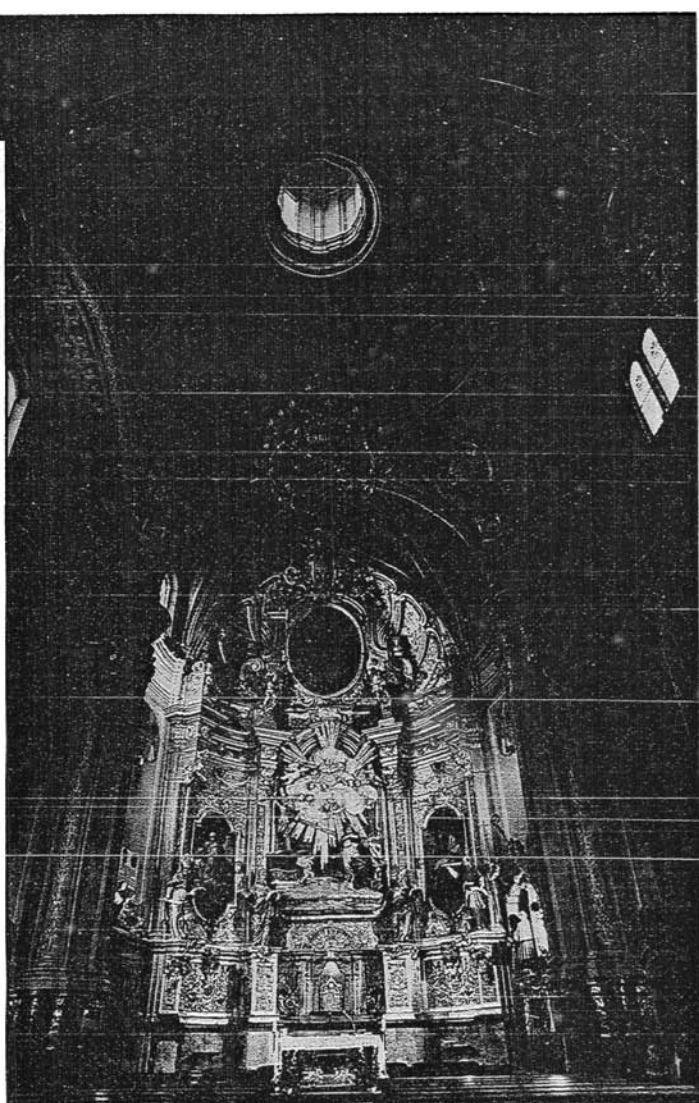
llegaría a provincial de la Provincia Escolapia de Aragón entre 1794 y 1796. La relación de su amigo Zapater con este destacado escolapio continuó después de los años escolares.

Los estudios llamados de Gramática y Humanidades, lo que hoy denominamos enseñanza secundaria, no los pudo proseguir con los escolapios pues, por presiones de los jesuitas zaragozanos ante el rey Fernando VI, se les prohibió impartir esos estudios, no recuperándolos hasta 1760, gracias al nuevo monarca, Carlos III. Para entonces Goya, que iniciaría esos estudios secundarios con los jesuitas, posiblemente con el P. José de Pignatelli, ya los habría abandonado, al no mostrar demasiado interés por los latines y si por el dibujo. Por ello, su padre decidió llevar al joven Francisco a que aprendiese con su amigo el pintor José Luzán.

Goya tuvo con los escolapios, al menos, otro momento de relación. Sucedió en 1819, cuando el pintor de Fuentetodos tenía 73 años y estaba a punto de retirarse a la que pronto llamarían en Madrid la Quinta del Sordo. Los escolapios madrileños del colegio de San Antón, en la calle de Hortaleza, le encargaron un gran cuadro del santo fundador de las Escuelas Pías para colocarlo en un altar de su iglesia. Fue el mejor cuadro religioso salido del pincel de Goya, «la última comunión de San José de Calasanz», obra llena de emoción religiosa, que el pintor realizó con una maestría excepcional.

El santo aragonés, natural de Peralta de la Sal (Huesca), en un ambiente de recogimiento, aparece arrodillado y sin fuerzas, con los ojos entornados por la flojedad, en el instante de recibir, intenso fervor, la comunión del P. Berro, rodeado de los escolares de las Escuelas Pías. Pocos trazos, pocas pinceladas empastadas más sublimes que las que modelan el rostro moribundo del santo y sus manos unidas. El acontecimiento había sucedido la mañana del 2 de agosto de 1648, unos días antes de que se produjera la muerte del santo, pero no sería la última vez en que comulgase, aunque si acompañado de los escolares de San Pantaleón.

Goya había aceptado el encargo de los escolapios y acordado el precio del cuadro en 16.000 reales de vellón, de los que recibió un adelanto de 8.000 r.v. del segundo plazo, el pintor sólo tomó 1.200 r.v., devolviendo al padre rector del colegio los 6.800 r.v. restantes, manifestándole que: «Don Francisco Goya quiere hacerlo en obsequio de su paisano el santo, José de Calasanz». Esa acción generosa de Goya, que pone de manifiesto su afecto hacia el santo y hacia los escolapios que le habían educado, se completó con otro regalo, el del cuadrito de «La Oración en el Huerto». Tomándolo bajo el brazo en un envoltorio, lo entregó al rector de San Antón, P. Pío Peña, diciéndole: «Aquí le entrego a usted este recuerdo para la comunidad, y que será lo último que haré ya en Madrid».



Interior de la iglesia de los Escolapios

Luis Correas